

Suscripciones de Madrid
y venta de números
Plaza de Matute, 2

El Cascabel

A los suscritores por año
se les regala
el mejor de los Almanaques.

SEIS PESETAS AL AÑO EN MADRID
NÚMERO DEL DÍA DOS CUARTOS

MADRID 20 DE FEBRERO DE 1876

SIETE PESETAS AL AÑO EN PROVINCIAS
NÚMERO ATRASADO MEDIO REAL

ADMINISTRACION: PLAZA DE MATUTE, NÚM. 2, LIBRERÍA: MADRID.

COSAS DEL DÍA.

El martes último se verificó la solemne apertura de las Cortes. Un inmenso gentío se apiñaba en la carrera que debía recorrer S. M. al trasladarse desde el palacio de Oriente al del Congreso, y los balcones de las calles, luciendo ricas colgaduras y hermosas damas, denotaban la fiesta del día.

Alfonso XII ha inaugurado la primera legislatura de su reinado, leyendo en dicho acto un notable discurso, que ha merecido la acogida más entusiasta. En él se consigna que, cerrado el período de perturbaciones, es necesario que vuelva á encauzarse nuestra sociedad, recobrando su prestigio todos los poderes públicos; se recuerda la situación del país al llegar á él S. M., y los resultados obtenidos, gracias á una prudente administración y al heroico valor del ejército; se anuncian los principales fines á que tiende la situación, y se repiten las esperanzas de llegar en breve al término de la actual guerra civil.

Las aclamaciones que escuchó S. M. á su entrada y salida en el salón, demuestran elocuentemente las esperanzas que en él funda el pueblo español.

—¿Qué le parece á Vd. el suceso de hoy? pregunta un carlista platónico á otro.

—Me agrada... me agrada... porque es una prueba más de que D. Carlos está en puerta. ¡Quite Vd., hombre! Una monarquía que acepta Cortes y tolera que la Milicia Nacional dé la guardia en el Congreso; un rey que se marcha á campaña en vez de encomendar, como D. Carlos, esta misión á sus tropas; un pueblo que está alegre... Todo esto demuestra una perverción de ideas, que necesariamente está llamando la manifestación de la cólera divina.

—Pero hombre, ¿llama Vd. manifestación de la cólera divina al triunfo de D. Carlos?

—No me ha entendido Vd. La cólera divina se manifestará primero en forma de tormenta política, y después vendrá D. Carlos, en figura de arco iris.

—Y, á propósito, ¿cómo van nuestros asuntos en el Norte?

—De una manera inmejorable: siguiendo nuestro movimiento estratégico, hemos conseguido que el ejército liberal abandone sus posiciones y venga detrás de nosotros: ya le tenemos en Guipúzcoa y Navarra...

—Y después...

—¿Qué inocente es Vd.! Después, Pérula se correrá á Madrid, donde preparará los ánimos de los habitantes, para que no se desborde su gozo el día que entre D. Carlos, y á fin de establecer las comunidades religiosas que deben salir á esperar á nuestro rey ¡y señor.

—Dios le oiga á Vd.; porque tengo dos hijos que me dan muchos disgustos, y no sirven para nada. Si quiera en un convento estarán libres de las pasiones mundanas, y tendrán asegurado el Pan Nuestro de cada día.

—Veo que es Vd. un hombre pensador y juicioso; pero no alce tanto la voz, que puede escucharnos ese miliciano veterano.

—Es verdad: tome Vd. el último número de *El Cuartel Real*, y sepárennos. Esta tarde le mandaré el libro aquel...

—¿Cuál?

—*El Almanaque carlista.*

—Pero, qué gentío, Bastiana... Enteramente me parece el día en que establecimos la federal.

—No me la nombres, mujer; que mi Juan está como loco desde que no la tenemos. Y lo más malo del caso es que como no tiene ya *clá* por las noches, las pasa en la taberna y como no tiene fusil se suele agarrar á un palo, con el cual me pone como nueva cada lunes y cada martes.

—Pues mi Antero se consoló muy pronto y yo tam-

bien, á pesar de lo liberal que soy. Como que entonces no trabajaba mi Antero y ahora sí. Lo cual que nos atrasamos mucho durante el mando de Pí, y que hasta el mes pasado no pude desempeñar el pañuelo alfombrado.

—Pues hija: yo nunca quise mayormente á los de las amapolas; pero desde que ví al rey D. Alfonso, me hice monárquica. Ese es un rey, nacido en nuestro Madrí y al que hemos conocido de chiquitito y no el saboyano, ni Castelar, ni Figueras ni los demás reyes que hemos tenido.

—Calla, mujer, que esos últimos no han sido reyes; ¡bonito génio tenían ellos para mandar á los demás! Iguales todos, tan llanos como Juan y Antero.

—Con una *diferencia*, que Juan y Antero tienen que trabajar para comer y los personajes que dices cobran treinta mil reales como treinta mil soles, y aun se quejan.

—¿Pues no suprimieron las cesantías?

—Lo dejaron para más adelante.

—Pero ¡qué Madrid, Sr. D. Cosme! Llega Castelar y nadie se apercebe de su llegada; se reúnen los constitucionales para adoptar acuerdos salvadores y nadie lo sabe... En cambio se abren las Cortes y todo el mundo se apresura á salir á la calle, para saludar al Rey...

—Pero, diga Vd.; esos acuerdos de los constitucionales...

—Patrióticos, amigo mio, salvadores: figúrese usted que han resuelto defender la revolución de 1868 y *las conquistas* de la revolución.

—¿Las conquistas también?

—Eso es lo principal. ¡Y qué abnegación! consienten los constitucionales en que siga el actual gobierno; consienten que Posada Herrera presida el Congreso; consienten en que se adopte el reglamento interior que quiere la mayoría... Pues si precisamente los constitucionales son un modelo de abnegación, como ya he dicho. No ha visto Vd. la docilidad con que se prestan á aceptar los cargos que se les confían, y hasta en aparecer como candidatos ministeriales para las elecciones!

—Segun Vd., Sagasta...

—Sagasta merece reverencia de los altos y adoración de los pequeños. Si llega á ser beatificado algún político, no puede ser otro que Sagasta.

El miércoles por la noche marchó el rey al Norte, siendo despedido en la estación del ferro-carril con entusiasmo indescriptible.

Un deseo unánime, diversamente expresado, pero siempre el mismo, sienten los buenos españoles: que la campaña sea próspera y breve; que vencido el carlismo en sus últimas trincheras, vuelva pronto el monarca con la oliva de la paz, antes que con los laureles guerreros, á la capital de la monarquía.

Y, para nosotros, no es dudoso que así ha de suceder. La Providencia que vela por España, querrá compensar sus pasadas amarguras con el dilatado y próspero reinado de Alfonso XII.

Y á todo esto siguen diciendo los carlistas:

—Pues señor, los liberales están dejados de la mano de Dios! ¿Pues no han entrado en Vergara? Sin duda no quieren presenciar la coronación de D. Carlos en Madrid, que se verificará en un día de estos... Inocentes! Dejan desamparada la capital del reino, sin temer que se alce una partida nuestra en Carabanchel y se apodere de ella.

—Ahora es cuando va bueno; ahora que no tenemos líneas que guardar ni trincheras que defender, podremos mover como queramos nuestro ejército invencible y dedicar una mitad de él á establecer en Francia la monarquía legítima de Enrique V. Ya hemos logrado un triunfo parcial desde Peña-Plata, matando de un balazo á un soldado de la república francesa.

Además de los sucesos guerreros y políticos de

la semana, existe uno literario que merece capítulo aparte, y no es otro que la presentación en escena de una jóven poetisa, la señorita doña Rosario de Acuña, que en el drama *Rianzi* ha demostrado poseer relevantes condiciones para la literatura dramática.

No soy yo muy aficionado á las mujeres poetisas; pero la señorita Acuña ha determinado un gran cambio en mis ideas. Aplaudamos, pues, su mérito, y atendiendo á que el bello sexo nos usurpa una tras otra todas nuestras prerrogativas, consagrémonos al bordado y al arreglo del hogar.

A ver si la costumbre es más poderosa que la naturaleza y conseguimos con el tiempo amamantar á nuestros vástagos.

Grande será nuestro adelanto y altamente provechoso para los escritores, que tendrán un nuevo porvenir: el servicio de niñeras y amas de cría.

Mientras llegamos á este caso, apuntemos gozosos el nombre de la señorita Acuña, entre los *trescientos cincuenta y tantos* de las escritoras españolas contemporáneas, que figuran en el curioso catálogo formado por un amigo mio y destinado á la publicidad, segun mis informes.

En la sociedad económica se estudia la conveniencia de que se cree una nueva cruz que se llamará del Mérito Civil.

Como los iniciadores de la idea quieren que constituya un premio para los hombres trabajadores, propongo que economícen la creación, porque serán poquísimos los españoles que merezcan dicha cruz.

CARTA DE PHILADELPHIA.

PHILADELPHIA 27 de Enero de 1876.

Mi querido amigo Frontaura: estoy en deuda con usted. No le he escrito desde mi salida de España; ahora subsanaré esta involuntaria falta contándole por encima nuestro accidentado viaje.

Partidos de Barcelona, empezamos nuestra expedición atravesando la Francia cubierta de nieve, desde Marsella á París. Los cuatro días de nuestra permanencia en esta capital se aprovecharon; visitamos á S. M. la reina madre que nos invitó á su mesa. De París á Londres siguieron las nieves y los frios, lo mismo de Londres á Liverpool.

Hasta aquí nada tiene de particular; al prepararnos á cruzar el mar empezó la verdadera novedad. Nos instalamos en un camarote del vapor *China* de 2.700 toneladas, hermoso buque de la compañía Cunard. Esta línea á pesar de la viva oposición que encuentra en otras recientemente establecidas y que cuentan con buques de un lujo y comodidad extraordinarios, conserva, sin embargo, el primer lugar entre todas las que cruzan los mares. La seguridad de sus servicios, la pericia de sus capitanes y la disciplina de su tripulación, son tales, que en veinticinco años no ha perdido ni un solo buque, ni un solo hombre, ni siquiera una sola de las cartas que ha conducido. Todos la prefieren por la seguridad que ofrece á los que en ella se confían de depositarlos sanos y salvos en el otro continente. Para ella no hay mal tiempo ni contrariedades que no venza, y siempre sacrifica la prontitud á la seguridad. El trato es bueno, un continuo festín de Baltasar que no se sabe qué admirar más, si lo esquisito de los manjares, ó la prodigalidad, rayando en despilfarro, con que se facilita. Hubiéramos tenido con tales antecedentes una felicísima travesía si los vientos constantemente contrarios no la hubieran hecho molesta por demás. Partidos el 11 de Liverpool, pasábamos el 20 por los bancos de Terranova, que nos regalaron una buena nevada y un frío siberiano; llegados á las costas del Nuevo Mundo, pasamos inmóviles, en alta mar, el día de Navidad, por impedir la niebla acercarse á la costa: por fin, desembarcamos el día 26 en Nueva-York. Nuestra detención de cinco días en Nueva-York me ha permitido visitar lo más importante que encierra; una casa de correos, magnífico edificio todo de piedra, construido *ad hoc*, y cuyo coste no baja de 70 millones

montado á una altura superior á todo lo conocido. En las galerías de la planta baja están formados los muros por 22 mil cajas metálicas de apartado; el propietario de cada una de ellas tiene su correspondiente llave y recoge su correspondencia cuantas veces quiera al día, pagando solo una onza al año. El servicio de entrada y salida de correos, manejo de los centenares de sacas que diariamente se despachan y otros servicios interiores, se efectúan por medio de ocho elevadores mecánicos, situados en distintos puntos del edificio y que trasportan desde el segundo piso, bajo tierra, hasta el sétimo sobre ella. La calefacción y ventilación del edificio es admirable y perfecta.

La oficina central de telégrafos, digna rival de la de correos, contiene maravillas de ciencia práctica. Las órdenes se comunican á cualquiera de los ocho pisos de que consta por tubos neumáticos. En el quinto piso 300 aparatos, manejados por otros tantos telegrafistas, cuya quinta parte son mujeres, transmiten los telegramas directamente á cualquier punto del globo. Otro aparato colosal, trasmite á la vez á 600 distintos aparatos, situados en casas de comercio, oficinas y hoteles de la ciudad, las noticias más importantes del día y las cotizaciones de la Bolsa. Pasan de mil los alambres que salen de dicha casa ramificándose y subdividiéndose por todas las calles de la ciudad.

Sociedades especiales cuya base es la electricidad, colocan en las casas de quien los desea y mediante una pequeña retribución, unos pequeños aparatos, de un diámetro cuadrado, fijos en la pared. Cuando se necesita un criado que lleve un recado, paquete, encargo, noticia, etc., se toca el timbre una sola vez, y á los 10 minutos se presenta un chico de uniforme que es mensajero de toda confianza.

Si se necesita la ayuda de la policía, se tiene un agente en casa en el momento en que se toca dos veces el timbre. No bien estalla un incendio, se presentan á escape todas las bombas del distrito, con tocar tres veces el misterioso secreto. La manera como las bombas de incendio se disponen para acudir á cualquier siniestro, forma por sí sola, una de las maravillas de este asombroso país, y merece darse á conocer. La empresa de que voy hablando, está en comunicación telegráfica con todos los depósitos de bombas; al recibir la noticia de un siniestro, telegrafía inmediatamente á las bombas del distrito y *eléctricamente* se desenganchan los caballos, que dormían tranquilamente en su pesebre, y amaestrados como están, se colocan en sus respectivos sitios, al mismo tiempo que la compañía compuesta de un capitán y 12 hombres, se visten, como movidos por un resorte, enganchan, encienden la caldera y parten con la bomba, desempedrando calles á los 27 segundos de recibido el aviso al llegar al punto designado; el vapor, que se ha ido formando en el camino por el fuego del hogar, tiene fuerza suficiente para lanzar á un quinto piso un chorro enorme de agua.

Los tram-vías, objetos de lujo en Europa, son aquí tan abundantes, como absoluta es la necesidad de emplearlos para recorrer las enormes distancias que aquí se estilan. No contentos con tenerlos en todas las calles, han establecido en Nueva-York un ferro-carril aéreo, tirado por locomotoras, y recorre un camino sostenido en ligeras columnas de hierro, que lo mantienen al nivel de los pisos principales.

Sería interminable la relación de las mil cosas con que diariamente se tropieza; carecería de interés la relación de los magníficos hoteles, que á manera de palacios reciben y hospedan aquí á los viajeros. Nada encontraría á faltar en ellos el hombre más acostumbrado al refinamiento del lujo; desde los elevadores mecánicos que trasportan sin fatiga al octavo piso, hasta los cómodos cuartos alfombrados y alhajados convenientemente y provistos de agua caliente y fría á discreción; desde los magníficos salones con dos buenos pianos, salas de lectura, de descanso, bufetes, oficina de telégrafos, infinitas tiendas de objetos necesarios en la planta baja, hasta las cinco comidas diarias, dos de ellas de 50 platos en el *menu*; todo ello por 70 rs. diarios haciendo competencia, en esto, á los seis del *caballero particular*.

Visité en Nueva-York, y esto es ya de distinto género, un inmenso establecimiento, de seis pisos y manzana entera, de cuantos géneros puedan existir, formando escala entre las telas más ordinarias y los riquísimos tapices persas é inapreciables chales de las Indias, cuyo valor no baja de 5.000 duros. Esta casa, propiedad de un riquísimo negociante de setenta y dos años, aunque fuerte y ágil, se considera como la primera del mundo en su género, y me decía con mucha sencillez el mismo dueño, que el día que supiera la existencia de otra superior derribaría la suya, y la volvería á construir de nueva planta. Dicho señor, llamado Steward, posee una fortuna y una renta colosales, no bajando la última de 100 millones anuales. Tie-

ne además palacios de mármol, galerías artísticas y es el fundador y sostenedor de una institución para hospedar y mantener, por un precio muy módico, á las jóvenes honradas y trabajadoras que carecen de familia, ó la tienen apartada. Apunte Vd. este dato para traspararlo á nuestros Salamancas.

El 1.º de Enero hice, como tenía proyectado, mi entrada en Philadelphia. Describir su magnificencia, la hermosura de sus edificios, muchos de ellos de mármol blanco, la esplendidez y abundancia que en todo se nota, sería tarea enojosa y que daría una idea muy pálida de lo que es la realidad. Pocos datos bastan. No hay calle sin tram-vías, formando una red total de 200 leguas; una de las calles tiene cinco leguas de longitud, las demás son proporcionales.

De todo ello he prescindido, sin embargo, sin perjuicio de estudiarlo á su debido tiempo, para entregarme en cuerpo y alma al trabajo que exige la Exposición. Debo decir á Vd., que desde nuestra llegada á Nueva-York recibimos la visita de distintos comisionados de los principales periódicos, todos nos han felicitado por nuestra llegada y propósitos, todos han deseado para España prosperidad y lucimiento, y se han manifestado congratulados en tenernos entre ellos. La misma prensa de Philadelphia ha repetido estas saluciones, y donde quiera que hemos ido hemos encontrado la más simpática cordial acogida. La Comisión americana de la Exposición, ó sea su Junta directiva, nos estima y nos complace como pudiera hacerlo el mejor amigo.

Una vez empezados los trabajos continúan con gran actividad en todas las secciones. Crea Vd. que quedará bien alto en esta ocasión el pabellón de España.

Entre los trabajos preparatorios que ahora se efectúan, está la construcción de un pabellón elegante, para hospedar en él á los ingenieros militares. Estará situado en el Parque y rodeado de jardines. Será todo de madera, tendrá capacidad suficiente, pues mide 15 metros de diámetro: y al mismo tiempo, que preste utilidad, servirá de exposición del modo de vivir de nuestro ejército. También se han empezado los trabajos de una bellísima portada que ocupará todo el frente principal de nuestro departamento de Industria, y que servirá como de entrada á la Sección española. Es del estilo del Renacimiento, imitación de nogal, y tendrá, además de unos medallones pintados al óleo representando los Reyes Católicos, Colón, Hernán Cortés, Pizarro y otros descubridores españoles, una gran alegoría sobre el descubrimiento de las Américas por España. Llamará la atención una vez concluido, así como ahora la llama solo en dibujo.

Otro de nuestros quehaceres ha sido y sigue siendo el buscar casa para la Comisión. En esto como en otras cosas habían preparado la opinión pública antes de nuestra llegada, anunciando que España alquilaría una casa por 36.000 duros. Estaban dispuestos á explotarnos y lo hubieran conseguido tal vez con otro ménos avisado que el coronel Lopez Fabra. Desde su llegada dijo en público que España, que en un momento dado regalaría muy gustosa algunos miles de duros á una casa de Beneficencia, no estaba dispuesta á ser el juguete de nadie. El resultado ha sido obtener por la décima parte habitación suficiente para todos los individuos de la Comisión, á siete minutos de la Exposición y en el mejor barrio de aquella vecindad.

Nada más puedo decirle, por ahora en serio; día vendrá en que todo el conjunto se preste más á las descripciones. Entre tanto se repite de Vd. afectísimo invariable amigo,

FOURMI.

PERVERSIDAD DE MIS OBRAS.

II.

Al llegar aquí me veo en un apuro. Como el señor cura desliza en un mar de lisonjas (que agradezco mucho aunque no las merezco), la acusación atroz que me dirige, si doy textuales sus palabras, quizás se me acuse de inmodesto, y si las extracto, quizás se me acuse de que maliciosamente he hecho al señor cura decir lo que no ha dicho. Entre estos dos inconvenientes, me decido por arrostrar el primero, con tanto más motivo cuanto que no me disgusta del todo el que me echen alguna tufaradilla de incienso. Veán Vds. lo que dice de él y de mí el señor cura:

«Es una desgracia para los españoles que residimos en el Plata, la monomanía borbónica del popular cantor cuyo nombre sirve de epigrafe al presente artículo y que le tiene retraído del templo de las Musas, para manejar la péñola emponzoñada del político, cuyo criterio de justicia no ve más allá del círculo de sus afecciones.

«Queremos y respetamos al autor de los *Cuentos de color de rosa*. Más de una vez sus tiernas inspiraciones

conmovieron nuestro espíritu y casi casi pudiéramos asegurar á él debemos ese anhelo constante, ese afán eterno que tráenos en desasosiego por el aislamiento en que se desliza nuestra vida dentro del hogar de la familia, y á cuya adoración rendimos un culto idolátrico que raya en frenesí por lo mismo que la sociedad con sus tiránicas leyes, pretendo el martirio del corazón en aras del celibato canónico.

«Sí. Apenas el alma comenzara á respirar el aura de la vida, engendrando ese sentimiento purísimo de amor que devora nuestras entrañas y que como la lava de un volcán palpita dentro del pecho con fuerza irresistible, un error, pero un error filial, hízonos depositar á las plantas de un mitrado el libro albedrío que natura concede al hombre para llenar su ideal en el mundo, y poco tiempo después torrentes de lágrimas corrieron de nuestros ojos sintiendo la esclavitud que pesara sobre la existencia.

«Era que Antonio Trueba con sus armoniosos cantares, abrió una herida en el pecho por donde escapaba el fuego intenso del amor que supo inspirarnos una pobre ciega, *la ciega del Guadalquivir*, cual la llamaban los poetas de Andalucía, y cuyos ojos cerró el destino como si el cielo, las flores y la naturaleza debieran ser un misterio que ese ángel no podía penetrar.

«Nuestra infancia, triste como el amanecer de un día sin sol, no dejó á la juventud nada risueño, nada hermoso que recordar, ni aun la santa ternura de una madre; pero Trueba poseyó el secreto de despertarnos á la vida del trabajo, y unas veces con el buril del artista, otras con la pluma del modesto escritor, hemos apartado de nuestra senda los abrojos que ensangrentaban los pies, y el amor sublime de la patria ha venido á ser el rayo esplendoroso que guía nuestra peregrinación por la tierra.

«Queremos, pues, y respetamos al cantor de Guernica. Para él siempre tendremos una fraternal sonrisa, un corazón cariñoso y mano pródiga si la fortuna llegara á visitarnos y la pobreza invadiera su hogar; pero...»

Lo que el señor cura dice tras este pero, no me es lícito reproducirlo. Si se refiere solo á mí, así como he reproducido las lisonjas, reproduciría las injurias; pero se refiere no solo á mí, sino también á objetos que las convicciones de mi alma y las leyes de mi patria ponen en la tierra española fuera de toda discusión. Me limitaré á decir que los malos ratos que venían dando al señor cura mis cartas procedían de mi borbónico, y al fin el señor cura no pudo aguantar más y echó con doscientos mil de á caballo todo el amor que me tenía, cuando vió que en lugar de aplaudir á los que en Madrid tejían infames y calumniosas novelas políticas, tomando por pretexto la desgracia de una familia honrada y consternada, decía (con alguna exageración, que disculpaba lo indigno del hecho á que me refería), que toda conciencia recta sentía horror al penetrar en el fondo de esta sociedad política y ver la corrupción moral que la iba invadiendo.

Puestos Vds. al corriente de lo que movió al señor cura á echar con doscientos mil de á caballo todo el amor que me tenía, les añadiré que el señor cura ansía que rompa mi emponzoñada pluma monárquica; dice que cuando me inspira mi monarquismo todo lo pisoteo; da á entender que gusto del brillo de la corte, y me embriago con el perfume de los alcáceres reales; me supone rabiando por pescar un buen destino; duda de que tengan sentido comun los que como yo no conocen que la institución monárquica no tiene razón de ser en estos tiempos, y por último, como que me tiene por un bribonazo que tira á desacreditar á España en América.

Esto es lo que, si no lo he entendido mal, viene á decir de mí el señor cura en la segunda parte de su artículo, por supuesto envolviéndolo en piropos, que á otro más modesto que yo le pondrían colorado como un tomate.

Pero preguntarán Vds.: — Y ese señor cura ¿cómo le pone á Vd. de vuelta y media, queriéndole tanto como dice? Siendo republicano, será más liberal que Riego, y por tanto no es de creer que se ponga tan furioso con Vd., porque Vd. no piense como él.

Tienen Vds. mil razones; pero también D. Quijote las tenía para mostrar su valor combatiendo molinos de viento, á falta de poder mostrarle combatiendo gigantes y encantadores.

Pero volvamos á la perversidad de mis obras, que es el tema principal de este artículo, por ser la acusación más atroz que el señor cura me ha dirigido.

Ya les he dado á Vds. á conocer literalmente el texto en que el señor cura explica cuándo y cómo y por qué ahorcó la sotana. ¿Qué deducen Vds. de ese texto? A ver si es lo que yo deduzco: cantó misa sin saber lo que se hacía; cayeron en sus manos mis obras; se entusiasmo con los cuadros de familia que yo pintaba en ellas; le entró una ansia atroz de tener familia, y para ver si conseguía tenerla, dijo á la iglesia ¡vuelvo!

Digo, me parece que esto viene á ser lo que se saca en limpio del texto que Vds. conocen literalmente; si me equivoco, Dios y el señor cura me lo perdonen y hagamos cuenta que nada he dicho.

Pero suponiendo que no me equivoco, ¿no les parece á Vds. como á mí, que la perversidad de mis obras raya en lo increíble? Miren Vds. que le tiemblan á uno las carnes al pensar que pueda haber libros tan perversos que hagan repudiar nada ménos que á una esposa tan santa y bella como la cantada por Salomon, es decir, como la esposa de los señores curas!

Les digo á Vds. que estoy horrorizado y no me llega la camisa al cuerpo, con las noticias que de la perversidad de mis obras, y aun de mi persona, he recibido de Buenos-Aires.

La idea de que los señores curas cantan misa á los veinticinco años, y la noticia de que el Sr. D. Enrique la cantó sin saber lo que se hacía, me han recordado una cosa que les voy á contar á Vds.

Mis padres tenían en las merindades de Castilla un amigo acomodado y de mucho talento y experiencia, y me enviaron á pasar una temporada en su casa. Apenas llegué, D. Tirso (que así se llamaba), me llevó á enseñarme su huerta, donde me encontré un ceceo cargado de cerezas que todavía no habían empezado á colorear, á pesar de que estábamos en el mes de Setiembre.

—¡Qué cosa tan rara! exclamé al ver las cerezas sin madurar en este tiempo, cuando en Vizcaya empiezan á regalarse con ellas á principios de Mayo.

—Esta tierra es muy fría, y cuando el verano es fresco, como lo ha sido éste, la fruta madura con dificultad.

—¡Qué felices son Vds.!

—¿Por qué, hijo?

—Porque comerán Vds. cerezas frescas por Nochebuena, que será cuando estas maduren.

—No, hijo, estas morirán sin madurar.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Yo te lo explicaré. La fruta de los cerezos que no está madura al quinto mes del año, es como la razón de los hombres que no está madura al quinto lustro de la vida: ya no madura nunca.

Piensen Vds. un poquito en esta anécdota, que yo pensaré entretanto en lo que les he de decir el domingo próximo.

ANTONIO DE TRUEBA.

LA MÚSICA.

POEMA EN UN CANTO.

Á CARMENCITA ROCA DE TOGORES Y AGUIRRE SOLARTE.

I.

Responde, Carmencita encantadora:
un pájaro que canta ¿ríe ó llora?
Lo digo, porque oyendo la dulzura
del ruiseñor que canta en la espesura,
tú sonríes, tu hermana se divierte,
tu madre os mira á entrambas con encanto;
y pensamos, al son de un mismo canto,
tu padre en vuestro amor, y yo en la muerte.

II.

¡Ay! ¿por qué ries cuando yo me quejo?
¡Es para mi alma un insondable abismo
el que haga un ruiseñor á un tiempo mismo
reír á un niño y sollozar á un viejo!
Y es que, seguramente
la música es un hada complaciente,
de nuestra dicha amiga,
que dice solamente
lo que quiere nuestra alma que nos diga.
Por eso, al lisonjear su melodía,
con más fé al corazón que á la cabeza,
dando al triste tristeza,
aumenta del contento la alegría;
y por eso, al oír, convertimos
la fría realidad en ilusiones;
pues al recuerdo de sus buenos días,
ponen en cuanto oímos
los ojos de nuestra alma sus visiones,
nuestro oído interior sus armonías.

III.

Si, como todos vemos,
la música despierta los sonidos
que, desde el día mismo en que nacemos,
están en nuestro espíritu dormidos,
también probarte intento
que se lleva la música la palma
en las artes que anima el sentimiento;
que así como el estilo es el talento,
el metal de la voz es toda el alma.
Ella es la musa que al amor provoca,
pues buscando un esclavo, ó acaso un dueño,
todo el que canta, ó toca,
si no ama en realidad, ama algún sueño:
porque su magia es tanta,
que, aunque eres niña aun, ya habrás sentido
que, envuelto en el sonido,

hasta lo amargo del dolor encanta:
y que la misma senectud que mira
que cada nota una esperanza encierra,
con inútil ardor ama y suspira,
como alma juvenil que, ardiendo en ira,
en oyendo un clarín corre á la guerra.
Respondes que lo crees, ¡bendita seas!
pues entonces también fuerza es que creas
que, según nuestras mismas sensaciones,
cual los hechos imágenes de ideas,
son las notas pedazos de pasiones;
y que con fuerza virtual vibrando,
y á la vida escitando,
por el espacio va cada gorgojo
como una vaga tentación volando;
y camina, camina murmurando
«¡levántate, y animate!» al deseo.

IV.

Y ¿qué es el mismo amor? Una armonía
que hoy se canta y que el aire se la lleva;
y que luego, mañana, ó el otro día,
con nuevo ardor la misma melodía
la vuelve á repetir otra vez nueva;
y así, en curso variable,
cuanto nace, se espacia, se disuelve,
y en giro interminable
lo que del aire viene, al aire vuelve;
y, en raudo movimiento,
se disipa en el viento
lo que en el viento por amor vivía,
¡ideas, armonías, sentimiento,
flores, músicas, luz y poesías!

V.

Como en cosas de amor yo lo sé todo,
sé bien que en esta vida
jamás será perdida
la que cierre el oído á piedra y lodo.
¡El oído, el oído! Ahí se esconde
el gran traidor que al corazón entrega;
él es la senda criminal por donde
desde fuera el amor al alma llega.
Por él arrobadores los sonidos
en ardiente emoción, ó en dulce calma,
después de electrizarlos los sentidos,
arrastran los sentidos hasta el alma:
y por él, en amante devaneo,
desde el salto de Léucade, el deseo
se arroja al mar para templar sus penas,
escuchando el «¡ven, ven!» que es el gorgojo
con que á Sáo llamaron las Sirenas.
¡Cierra, cierra el oído,
y ten por cosa cierta
que es del amor el tentador sentido,
y que siempre á la voz de un sér querido
abre nuestra alma á la traición la puerta!

VI.

¡Carmen, perdón! Mi confusión es tanta,
que ya olvidé mi tema.
Dime otra vez: ¿siempre será un problema
saber si llora un pájaro que canta?
Y aunque es lo más sencillo
el pensar que ese tierno pajarillo,
en medio de su risa ó de su lloro,
cantará eternamente el estribillo
de la eterna canción del «yo te adoro,»
lo cierto es que su canto
te vuelve más festiva;
y tu madre entre tanto
ruega á Dios por tu dicha pensativa;
mientras tu padre, á tan graciosos sonos,
escitado en sus graves pensamientos,
ya siente una avalancha de emociones,
y un vértigo ideal de sentimientos;
y, presagiando amores,
más bella que la luz de la mañana,
entona melodías interiores
con más afán que el ruiseñor tu hermana.
¿Y yo? Víctima siempre de una idea,
desde que allá en mi aldea
tocaba siendo niño la campana
en las horas del sueño,
y á las gentes sencillas
las obligaba con pueril empeño
á orar puestas en cruz y de rodillas,
sé que hay sonos inciertos
que forman la cadena prodigiosa
que enlaza con ternura misteriosa
las almas de los vivos y los muertos.
Y por esto, ese canto me convida
á que recuerde el fúnebre misterio
de otra ave dolorida
que oyó mi alma, de dolor transida,
cantar en un ciprés del cementerio
donde yace la madre de mi vida!

VII.

¡Mas perdona otra vez la pena mía!
Yo adoro como tú, niña hechicera,
con ciega idolatría
la música que presta lisonjera
el ritmo, que es la vida verdadera,
á su hermana mayor la poesía.
Siempre al idioma la canción supera;
y así te lo dirán, si les preguntas,
Barbieri, Arrieta, Oudrid, Marqués y Eslava;
pues, del sonido la expresión esclava,
al ir la frase y la armonía juntas
lo que la frase empieza, el són lo acaba.
Y te dirán que el arte soberano
que llena de delicia
la escala toda del concierto humano
desde el tango sensual de la Nigricia
hasta el son funeral del canto llano,
agotadas las frases, con su acento
nuestra ilusión á lo sublime eleva,
y ya extinguida la palabra, lleva

la música hasta el alma el sentimiento.
Y ellos, en fin, te seguirán contando
que al arte natural sobrepasando
del génio artificial las filigranas,
hoy remedan los pájaros cantando
las dulces melodías italianas;
y que después que oyeron los primores
de las *Normas*, *Luciás* y *Barberos*,
creció la afinación en los gilgueros
y gorgean mejor los ruiseñores.

VIII.

Es el mundo sensible
un conjunto de notas armoniosas,
desde el ruido ondulante y apacible
que forman al volar las mariposas,
hasta el ritmo visible
de la grande armonía de las cosas.
Y aunque el murmullo universal levanta
himnos sin forma, é informes elegías,
para el que sabe oír lo que Dios canta
el orbe es un compuesto de armonías;
siendo en los campos para todo el que ama
un arpa cada rama
al ponerse en confuso movimiento
las notas disconformes que derrama
todo árbol agitado por el viento;
y el mar, esa otra música infinita
que el curso entero del sonido imita
desde el canto guerrero hasta la endecha,
remeda sin cesar, murmure ó truene,
la rugiente pasión la ola que viene,
la ola que vá nuestra ansia satisfecha!

IX.

Bendecida y bendita
la armonía, es el alma que palpita
en toda acción, solemnidad ó rito.
¡Inmensa, universal, cosmopolita,
la música es la voz de lo infinito!
Ella á la pobre humanidad hechiza,
triste, alegre, marcial ó juguetona,
y el amor del hogar inmortaliza,
pues, en no escrita tradición, entona
la canción siempre igual y monotonía
de la abuela, la madre y la nodriza!

X.

¡Gloria y honor al arte placentero
que, embriagando las almas de ternura,
hace del mundo entero
el espejo más fiel y verdadero
de una casa de locos sin locura!
¡Lira de Orfeo, que el amor nos pinta
alegrando al infierno,
mi voz te ha de cantar, hasta que extinta
se desvanezca en el silencio eterno!
¿Qué importa que tu núnem vagaroso
Prometa un ideal, que no se alcanza,
sí, lo que hay de más real y delicioso,
aún esperando el cielo, es la esperanza?
¿Qué importa que las dulces emociones
que despiertan tus cantos halagüeños
sean solo visiones de unos sueños,
ó más cierto, visiones de visiones,
si siempre en este mundo
viviremos soñando
y estaremos ilusos descifrando
el problema fatal de Sejismundo?

XI.

¿Y el sol en dónde está? Pero, ¿qué miro!
ya las tinieblas al silencio llaman.
Bien dicen los que te aman,
que á tu lado la vida es un suspiro.
Y ya que hermosamente
se agrandan para ver tus bellos ojos,
pues ya el sol, como un rey, en Occidente
se envuelve, al destronarse, en mantos rojos;
mantos de luz que, al acabarse el día,
solo las cumbres de los montes doran,
partamos pues. Ya te diré otro día,
sí, expresando su pena ó su alegría,
las aves, al cantar, cantan ó lloran.
Y pues, ya triste, de la luz la ausencia
trae la sombra, y con la sombra el luto,
y reina la elocuencia
del silencio absoluto,
que es la nota en que grita la conciencia,
marchemos ya: ¿qué esperas?
Vé en la humedad de mi marchita frente
cómo el aire, al pasar por las praderas,
se impregna dulcemente
de un lánguido vapor de adormideras;
y cómo al confundir todos los ruidos,
en vago remolino nebuloso
va dejando el crepúsculo en reposo
pájaros, luz, esencias y sonidos!

XII.

Pues se va el ruiseñor y el día parte,
tú y yo, y tus padres y tu bella hermana,
como dice la frase castellana,
Marchemos con la música á otra parte
para seguir pensando hoy y mañana,
tu padre en los problemas de la historia,
tu madre en vuestra suerte,
tú en la fé y en la gloria,
tu hermana en el amor y yo en la muerte.
Pero al decirte adiós, niña querida,
déjame que primero
te diga veinte veces que te quiero
y te querré mientras que tenga vida,
pues que serás espero,
además de alabada en mis cantares,
adorada por bella y virtuosa,
en el mundo primero como hermosa
y después como santa en los altares.

R. DE CAMPOAMOR.

N. N.

1.

Vamos á dar á conocer al público un actor en quien nadie ha fijado su atención; ni siquiera la empresa que lo contrata.

¿Sabeis su nombre? No: nadie lo sabe. El actor mismo llega á dudar cómo se llama, en vista de la pertinacia de su mala suerte, que le obliga á figurar siempre bajo el anónimo representado por esas dos letras fatales.

Matemáticamente expresado el valor artístico de ese actor de nombre desconocido, resultaría así: $N + N = 0$.

II.

Sin embargo, el actor de que tratamos es necesario, tanto á veces como el galán, y comedias hay cuyo desenlace pende de su salida.

¿No ha adivinado todavía el lector quién es ese tipo principal?

Vamos á decírselo.

III.

Figuraos un hombre que se llama, por ejemplo, Juan Díaz, que ha nacido con una irresistible vocación hacia el teatro, que no puede vivir sino sobre las tablas, que adora el arte escénico y que se dedica, sin más elementos que su afición, á la carrera del teatro.

Tiene perfecto el uso de la palabra; pero esta condición le es completamente inútil. Lo mismo serviría para el caso siendo mudo.

Tal vez su suerte le obligue á no hablar nunca sobre la escena, acaso cuente treinta años de carrera artística y no haya dicho aún al público: esta boca es mía.

Es un actor general: lo mismo trabaja en la tragedia que en el sainete; en todos los papeles está bien; nunca le han aplaudido, pero tampoco le han silbado nunca.

IV.

Los papeles que generalmente desempeña son los de criado: en ellos suele ser una especialidad y los caracteriza de un modo admirable.

Este es el actor más aficionado al colorete y á las pelucas. Si tiene grandes aspiraciones, si abriga la esperanza de llegar algún día á decir ante el público lo que los actores llaman *una tirada* de versos, entonces, para llamar la atención del director de escena ó de un autor, procura en sus papeles mudos hacer algún detalle, algo, en fin, que demuestre que tiene sangre de cómico en las venas.

V.

Juan Díaz, pues que ya le hemos dado ese nombre para suplir las dos *enes* ignominiosas que ocultan su nombre verdadero, sueña todas las noches con triunfos artísticos, que se desvanecen ante el cartel donde figura el repartimiento de la comedia que se ejecuta.

Suponed la desgracia de Juan Díaz, que no ha logrado ver su nombre en letras de imprenta, y que siempre figura así en los carteles:

Un criado..... N. N.

No supongais por esto que hace únicamente papeles de tan escasa importancia como el de un criado sin nombre, no. En su larga carrera artística ha hecho de

rey algunas veces, y de emperador acaso; pero siempre de reyes y emperadores que han pasado por la escena sin decir una sola palabra.

Por regla general, los papeles encomendados á Juan Díaz son los siguientes: caballero primero, una sombra, conjurado cuarto, un alcalde, un escribano, y en las comedias de magia suele hacer de diablo segundo ó de genio del mal.

Prefiere esta clase de obras, porque en ellas puede poner algo más de su parte para caracterizar el personaje que le está confiado, y se embadurna la cara con toda la fé artística de su alma, ó se llena de polvos de arroz para hacer el papel de sombra.

Juan Díaz sueña todas las noches, como hemos dicho, con triunfos que probablemente nunca se realizarán y pinta su fantasía un cartel en el cual se ve el renglon siguiente:

El duque..... Juan Díaz.

O bien lee en un periódico un suelto concebido en estos términos:

Los honores de la representación fueron para Juan Díaz, que caracterizó su papel de un modo magistral. El público le llamó diez veces á la escena, arrojándole una corona.

Damos la enhorabuena al jóven actor, verdadera esperanza del arte dramático, y que en tan poco tiempo ha sabido elevarse á tal altura.

La patrona, que viene á traerle una especie de chocolate, ó tal vez á recordarle que le debe una mensualidad, desvanece de pronto aquellos sueños de alegría.

¡Compadezcamos á Juan Díaz!

VII.

Pero llegó por fin el día tanto tiempo esperado; se han repartido los papeles de una obra nueva que tiene sesenta y tantos personajes que hablan. Toma parte en ella toda la compañía. Juan recibe trémulo de emoción uno de aquellos papeles, el menos importante de todos; pero que al cabo le dá ocasión para probar al público que no ha nacido mudo.

Es un papel de *idem cuarto*, y se reduce á lo siguiente:

—¡Ah!

—¡Viva!

—¡Qué horror!

—¡La duquesa!

—¡Cielos!

Y estas cinco exclamaciones, las primeras que Juan Díaz ha de pronunciar en escena, despues de tantos años de actor, le tienen preocupadísimo. Las ensaya á todas horas, colocándose en trágicas actitudes, y se figura á veces que ha de llamar la atención de los espectadores. Dá tal importancia á su insignificante papel, que el director de escena en el primer ensayo le dice:

—No es eso; no salga Vd. de la fila de caballeros, y no nueva Vd. tanto las manos.

Juan Díaz se sofoca y exclama para sus adentros:

—¡Envidias! En cuanto ven que uno sobresale, le tiran al degüello.

E intimamente convencido de esta verdad, se marcha á su casa, consolándose con la idea de que al fin su nombre figurará en el cartel, mientras dure aquella obra, en lugar de las dos borchornosas *enes*.

VIII.

¡Devaneos, dorados sueños, huid acaso para siem-

pre, dejando el puesto al más negro de los desengañados!

Llegó por fin el día del estreno y un gran cartel aparece al público para desesperación del desgraciado Juan.

El reparto de la obra concluye de este modo:

Personajes.	Actores.
Caballero 1.º.....	Pedro Perez.
Idem 2.º.....	Luis García.
Idem 3.º.....	Domingo Ruiz.
Idem 4.º.....	N. N.

¡Está de Dios! Juan Díaz será toda su vida un incógnito representado por esas dos letras.

BOABDIL EL CHICO.

(Madrid.)

CASCABELES.

Los licenciados en Medicina D. Nicolás María Rivero y D. Antonio Espina, han traducido y dado á la estampa la obra que con el título de *Higiene física y moral de los niños* escribió el Dr. Lerañe, y que es una compilación muy útil de las reglas á que deben atenderse las madres para la educación física y moral de sus hijos.

Contando con la buena amistad del ilustre poeta Campoamor, nos hemos permitido copiar en este número el bellísimo poema *La Música*, que antes ha aparecido en la excelente *Revista Contemporánea*, que dirige con tanto acierto el distinguido escritor señor Perojo.

Aprovechamos esta ocasión para recomendar á nuestros lectores la citada *Revista*, que es una publicación muy notable.

Se acerca á marchas forzadas—el risueño Carnaval.—para compensar las penas—que el resto del año dá.—Mi vecina doña Tecla—preparando está un disfraz—para que nadie conozca—á su niña Trinidad.—Piensa vestirla de monja—y ella la acompañará—con traje de mosquetero—que no ha de sentarle mal.—Mi amigo don Robustiano—también se disfrazará—de cursi del siglo trece—y su mujer de yestal.—Políticos de dos caras—en los bailes se verán,—y estudiantinas de hombres—poco afectos á estudiar.—Tendremos la gran comparsa,—que á Barcelona al dejar—piensa que en Madrid la gente—es alegre como allá.—La Sociedad de Escritores,—que es muy noble sociedad,—un baile está preparando—de gran brillo en el Real.—Y en fin, que si el tiempo sigue—así, por lo regular,—dejará alegre memoria—el presente Carnaval.

El jueves se estrenó en el teatro Español una comedia titulada *Batalla de damas*.

Fué derrotado el público, á juzgar por la precipitación con que abandonaba el teatro.

Dentro de muy breves días—á la venta se pondrá—un libro, para los niños—de urgente necesidad—*Moral infantil* le llama—su autor Ossorio y Bernard,—y como el autor lo es mucho,—la obra será muy moral.—Distinguidos dibujantes—al libro valor le dan,—con más de treinta viñetas—de ejecución singular.—Se venderá á dos pesetas,—y digo *se venderá*—porque el lector no desprecia—lo que hace Ossorio y Bernard.

El día de la inauguración de las Cortes, un ratero se apoderó del reloj del Sr. Orovio, al subir éste las escaleras del Congreso; y con este motivo manifiestan muchos periódicos lo que el suceso les extraña.

A mí me extrañaría mucho más que le hubieran metido un reloj en el bolsillo al Sr. Orovio.

IMPRESA DE EL CASCABEL: Cid, núm. 4. (Recoletos).

ANUNCIOS.

A REAL LA LINEA.

Se reciben en la Administración: Plaza de Matute, núm. 2, librería.

A REAL LA LINEA.

COMPENDIO DE MNEMOTECNIA Ó ARTE DE AYUDAR Á LA MEMORIA.

Un folleto en 8.º francés, á 4 rs. en las librerías de Murillo, Alcalá, 18; Olamendi, Paz 6, y Hernando, Arenal, 11. Las muchas personas que de provincias han dirigido pedidos al autor de esta nueva publicación, pueden hacerlo á dichos puntos.

BIBLIOTECA AZUL.

Se ha publicado el tomo 1.º que contiene la novela

“EL ESCABEL DE LA FORTUNA”

por
TEODORO GUERRERO.

Se vende á 8 rs. en Madrid y 10 en provincias, en las principales librerías. —Pedidos: librería de Sanchíz, Matute, 2, Madrid.

MUJERES CÉLEBRES DE ESPAÑA Y PORTUGAL.

Esta obra, empezada á publicar en 1867 bajo los auspicios de S. M. la Reina madre, Doña Isabel II, se halla hoy completamente terminada á costa de grandes sacrificios, por parte de la casa editorial. Los que gusten suscribirse á tan importante obra, debida á la elegante pluma de *D. Juan de Dios de la Rada y Delgado*, pueden dirigirse á la Administración, calle de la Platería, número 65, principal, Barcelona, y en las principales librerías de toda España, en donde se les servirá la suscripción con toda puntualidad. Los suscriptores de 1867 que á causa del cambio político del año siguiente no pudieron continuar la suscripción, pueden dirigirse á la misma, para completar tan importante obra.

EL LIBRO DE LOS ORADORES POR TIMON.

Dos abultados tomos, 12 rs.—Se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias.—Los pedidos á la librería de Liordacho, Plaza de San Sebastian, 5, Barcelona.

LA VENECIANA.



Admirable preparación sin rival para teñir instantáneamente el cabello y la barba, y que ofrece las importantes ventajas siguientes:

- 1.º Quedar teñido el cabello y la barba tan luego como se seca, es decir, en el breve tiempo de tres cuartos de hora.
- 2.º Permanecer teñido por espacio de dos meses.—3.º No ser necesario lavar antes ó desengrasar el cabello.—4.º No dañar lo más mínimo la piel. Y hasta tal punto es evidente lo que queda expresado, que si no surtiese todos los efectos que se indican, se devuelve el dinero al interesado.

Preparado por Josefa Martínez. Depósito central, Mayor, 56, comercio de sedas y fábrica de corsés.

En Valencia, farmacia del Sr. Fabiá, San Vicente, 22.—Precio en toda España 12 rs. frasco.—Zaragoza, Alfonso I.

LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA

POR D. C. FRONTAURA.

Todos los padres de familia deben suscribir á LOS NIÑOS á sus hijos.

Un año en Madrid. 40 reales.
» » en provincias. 50 »
Por seis meses 22 y 28 respectivamente.

Dirigirse á la Administración,

Plaza de Matute, núm. 2, librería.

LA ELEGANCIA.



FÁBRICA DE CORSÉS. Especialidad en corsés, fajas, fajas ortopédicas para sujetar y disminuir el vientre recomendadas por la medicina. Competencia con todas las fábricas. Los hay desde TRES reales en adelante. Se hacen sobre medida.—Ag.

MAYOR, 56, COMERCIO DE SEDAS.